

A black and white photograph of a woman, Pamela Rodríguez, taking a selfie. She is wearing dark sunglasses and has a small tattoo on her left shoulder. She is holding a smartphone in front of her. The background shows horizontal window blinds and a tiled wall.

Pamela
Rodríguez

Desmadre

Una mirada sincera a
la maternidad y al amor

Desmadre

Desmadre

PAMELA RODRÍGUEZ

*Para Luana y Lila.
Por sus enseñanzas, el sentido,
y la luz que trajeron al mundo.*

*«Criar se parecía más
a una carrera de obstáculos
laberíntica y solitaria,
que a ese campo plácido y florido
que nos habían vendido como maternidad».*

MARIANA DE ALTHAUS

Todos los hijos

1

La gran sorpresa

Caminábamos otra vez por el malecón de Barranco, procesando la noticia, rodeados de ese color gris limeño que parecía querer borrarlo todo: el océano Pacífico, los edificios y el horizonte entero. Entonces dije, simulando una voz infantil:

—Mami, papi, ¿cómo se conocieron?

—Por Tinder, mi amor.

Miré a Juan y me puse a reír.

—¡Por Tinder, puta madre! ¿Cómo le vamos a explicar que sus papás se conocieron por Tinder?

* * *

Esta tarde nublada, en un restaurante de comida japonesa, Juan y yo nos hemos enterado de que seremos padres. Y hace justo veinte días que nos «desvirtualizamos»; es decir, que nos encontramos cara a cara fuera de las pantallas y nos dimos un abrazo de verdad por primera vez.

Mientras Juan pedía un par de cervezas heladas y un poco de sushi, yo corrí al baño para hacerme la prueba casera de orina que compramos en una farmacia de la avenida Grau y que garantizaba un pronóstico con el 99,9 % de precisión. Regresé agitada a la mesa. Juan me esperaba nervioso. Nos sentamos el uno al lado del otro, muy juntos, sujetando la prueba con nuestras cuatro manos, para visualizar en la pantallita que, tal y como advertía desde hacía días mi cuerpo, se confirmaba la presencia de la gonadotropina coriónica humana. La hormona del embarazo.

En ese momento, el tiempo se detuvo, y mientras la cerveza se calentaba y las moscas se comían el sushi, nos perdimos en un abrazo infinito y lloramos con los cachetes pegados; los lagrimones empapándonos la cara, el cuello y parte de la ropa.

Por un lado, sentía una ilusión inmensa de poder darle vida a un nuevo ser. Y por el otro, el vértigo y el terror de compartir esa experiencia con alguien a quien apenas conocía. Le pregunté a Juan qué pensaba, pero no le salían las palabras. Solo lloraba, sonreía y me daba las gracias.

Durante nuestra primera conversación, Juan me confesó que siempre había tenido ganas de ser padre, pero que a sus cuarenta y dos años, y a pesar de haber tenido relaciones estables, por diversos motivos nunca se había concretado esa posibilidad. Convertirse en padre era una de las cosas que más ilusión le hacía; sin embargo, tenía claro que solo se lanzaría a esa aventura con una mujer que le apasionara.

Eso fue justamente lo que me dijo una semana después de que empezáramos a hablar, en una de las interminables conversaciones que teníamos por chat, a casi diez mil kilómetros de distancia: «Me apasionas». Con esa declaración estaba claro que me invitaba a

fantasear con la idea de tener un hijo juntos, y yo abrí, encantada, la puerta que dejó entreabierta. Aunque no lo confesaba abiertamente (es más, decía todo lo contrario), tenía unas ganas enormes de volver a ser madre.

Después de permanecer abrazados un largo rato, despegamos nuestros cachetes empapados y nos levantamos de la mesa sin decir nada para regresar a casa.

* * *

Cuando abrí el Tinder, lo hice con el deseo secreto de que me sorprendiera algo, un romance fugaz con un guapo cachondo, una amistad entrañable o, quién sabe, un alma gemela. Lo que fuera, pero que me alejara de mi realidad corroída por una colección de fracasos amorosos que me dejaron débil y descolorida. Si la aplicación se utiliza de manera gratuita, solo se pueden encontrar personas que están a quince kilómetros de distancia y, en ese radio, en Lima, no me gustaba nadie. Después de haberlo visto todo y de haber probado casi la mitad, llegué a la conclusión de que los peruanos, por más modernos que se consideren, llevan un residuo atávico dentro y basta con escarbar un poquito en la profundidad de la psique para que aflore, en mayor o menor escala, un macho ansioso por tener a su hembra bajo control. Creo que es más fuerte que ellos. Y mi necesidad de libertad es más fuerte que yo. No hay quien sobreviva a esa guerra.

Pero si pagas por la versión *premium*, Tinder no te pone límites y puedes decidir dónde quieres buscar hombres o mujeres, ya sea en tu barrio, en cualquier lugar del mundo o en todas partes a la vez.

Yo quería explorar por todo el planeta y así aumentar las posibilidades de llevarme una buena sorpresa. No esperaba una sorpresa cualquiera; al menos, no era eso lo que estaba buscando. Y una casi siempre encuentra lo que busca.

Decidí empezar por La Coruña, porque en Galicia había visto a los hombres más bellos. Fue en esa ciudad donde, hace ya unos años, un extraño me regaló uno de los instantes más bonitos de mi vida cuando nos cruzamos por las calles del centro. Conectamos nuestras miradas durante unos segundos y, de repente, se acercó y me besó fugazmente en los labios. «Era exactamente lo que quería», le dije mientras nos despedimos haciendo adiós con las manos. Y nos perdimos de vista.

Además, también me pareció conveniente encontrar «la sorpresa» en una ciudad adonde tengo que ir cada año, porque allí vive la familia paterna de mi hija Lara. Sí, a diez mil kilómetros de donde vivo.

Empezar por Tokio, por ejemplo, a pesar de lo mucho que me excitan los japoneses, me generaba algo de conflicto. ¿Qué pasaría si entre «Akiyama» y yo nacía un romance tan compenetrado y comprometido que decidiéramos formar una familia? ¿Cómo gestionar a una hija gallega, a otra japonesa y a una familia limeña? Para sacar adelante un despliegue familiar de esas características, y para no irme a la bancarrota, tendría que buscar a un amante que fuera dueño de una línea aérea y a otro con pasaporte diplomático. Qué pereza.

Yo, que alzo las banderas del amor libre, de los romances fugaces y desprendidos, lo único que hago finalmente es buscar al amor de mi vida. A ese ser que ya pasé al compartimento de la ficción y que no he logrado eliminar de mis fantasías ni con quince años de terapia psicoanalítica, ni con todas las terapias bioenergéticas del manual de la *New Age*.

Aparte de un hombre más moderno que el común de mis compatriotas que había conocido hasta entonces, deseaba encontrar a alguien que me quisiera como soy, así, rota, incoherente, creativa, impulsiva, apasionada por la vida. Alguien que no se mareara con mis turbulencias, que soportara el mal de alturas y que no sintiera vértigo con cada cambio de ritmo, de ánimo y de luz. Alguien que me quisiera cuando ya no viera en mí a la artista que todos admiran al principio y que luego ya no vuelven a ver. Alguien que, al verme de cerca, me quisiera volver a mirar. Alguien que me acompañara en el ruido y el silencio; que comprendiera que, a veces, no encuentro manera más desconsolada de llorar que muriendo de la risa; y que cuando me descompongo, lo hago escondida hasta de mí misma. Alguien que entendiera que a veces me siento más cercana a las canciones, los poemas y el sonido de mi piano que a otros seres humanos.

Mientras diseñaba mi perfil de Tinder me preguntaba cuán transparente debía ser. Pensaba en lo que pasaría si compartiera la foto de mis pastillas psiquiátricas, la de los calzones horrorosos que uso para dormir, o los chats con mis ex, para que «la sorpresa» sacara sus propias conclusiones y no se dejara influir por mi versión de la realidad. Y qué sucedería si publicara fotos de la colección de mis tres anillos de compromiso, acompañadas con una nota que confesara que nunca me he podido comprometer con nadie.

Pero no hice nada de eso y construí mi perfil con el sombrero de jefa de mi propio departamento de *marketing*. Busqué mis mejores fotos, no las fotos que me tomo espontáneamente con el celular, no. Nada de *selfies* caseros. Busqué las fotos que han acompañado mis entrevistas en diferentes revistas y periódicos. Las que se realizaron con dirección de arte, estilista, luces y maquilladores profesionales. Cuando las encontré, hice una selección y las fui

colgando una tras otra, aunque eso implicara que «la sorpresa» se llevara un susto cuando me viera, ya en la vida real, embutida en mi pijama de franela que casi nunca me saco, con mis medias de lana y mi bata de algodón.

Tinder te da la oportunidad de escribir un pequeño texto que acompañe las fotos para presentarte. Y tuve un dilema ético: ¿debía decir que no soy capaz de serle fiel a nadie?, ¿que soy impredecible?, ¿que estoy a cuatrocientos años luz de reparar mis daños emocionales y que todos mis traumas y asuntos no resueltos se filtran y se proyectan en todas mis relaciones? Entonces, en el intento de ser sincera escribía: «Hola, mi nombre es Camila González, pero me llaman Mila, y soy muy divertida..., pero tan intensa que los vuelvo locos a todos». Lo borraba. Luego volvía a intentarlo: «Hola, soy Mila González y, aunque sé que es absurdo, estoy buscando por aquí a alguien con quien compartir mi vida». Lo volvía a borrar.

Así que decidí tomar otra ruta, una más comercial y calculadora. Me inventé el nombre de Davina Moon. Davina fue lo primero que me pasó por la cabeza. Y cualquier nombre suena bien al lado de «moon», la luna que rige tantos ciclos. Después empecé a escribir un texto «vendedor» sobre mi fascinación por el placer, por la estética, la música, la arquitectura y los libros. Compartí con especial orgullo y, al mismo tiempo, con la sensación de estar siendo algo patética, las nominaciones y premios que había recibido en mi carrera musical. Y añadí algo muy breve sobre lo que esperaba de un hombre: sensibilidad y pasión. No dije nada de la tolerancia a los cataclismos. Tampoco puse ni una sola palabra sobre mis inclinaciones esotéricas, sobre mi fascinación por el tarot y mis retiros en la selva para recibir información de las plantas sagradas, porque una mujer con pretensiones de bruja espantaría al noventa y cinco por ciento de los hombres. Algo los

conozco ya. Por último, aunque sabía que eso también reduciría el número de pretendientes, compartí sobre mi vida con Lara, mi amor incondicional por ella y que ya tenía casi ocho años. Eso no lo ocultaría jamás. Dejé muy claro que, antes que nada, era mamá. También dije que tenía treinta y tres años. Por qué no. Me gusta decir con orgullo los años que tengo, aunque no me gusta llamarlos «años». Prefiero llamarlos «sabores».

En Tinder hacemos visible lo que nos conviene, de la misma manera que mostramos nuestras virtudes antes que nuestros defectos cuando conocemos a alguien que nos atrae. Es humano poner una versión precocinada de quiénes somos en el anzuelo. Pero yo tenía la esperanza de que «la gran sorpresa», en medio de todos los estudiados perfiles, lograra comunicarse conmigo en un lenguaje subliminal que trascendiera la superficialidad del catálogo digital de ofertas humanas. Prestaba especial atención a los perfiles que tuviesen alguna relación o que tuviesen interés por el arte, la música, el cine y la literatura. Si en el perfil un hombre decía que le gustaba Fela Kuti, me detenía a mirar. Si le gustaba Pessoa, también. Si admiraba a Virginia Woolf, a los Black Keys, a Wes Anderson o Joni Mitchell, me detenía a analizar si me gustaba lo demás. El físico era secundario, aunque no por eso dejaba de ser importante.

Las peores relaciones que he tenido han sido con hombres que escuchaban música que me parecía una mierda. Las mejores han sido con quienes me han hecho escuchar música que me eriza la piel. Es más, el único hombre en el mundo que me provocó impulsos asesinos fue uno que en nuestra primera cita puso una música que me dio arcadas de lo espantosa que era. En ese momento pensé «Lo voy a cambiar» y, error, no lo cambié. El tiempo reveló que las náuseas que me producía aquella música eran idénticas a las que me producía él.